

Respiros

El viento dibujaba suaves y efímeras líneas en el suelo, ayudado de los altos pinos en derredor y del fulgor del sol que los atravesaba en aquel fantástico día. La gente, entusiasmada, ya se había amontonado detrás de la línea de salida. Los mismos personajes de siempre: el par de amigos escandalosos que no dejaban de bromear, los gemelos inquietos que rogaban a su padre que corrieran los tres tomados de la mano, los novios emocionados que apostaban la cena de esa misma noche. Ella, como ya era costumbre, situada hasta adelante, concentrada y atenta al disparo de salida, ajena al bullicio impertinente a sus espaldas.

Conocía y dominaba los senderos que rodeaban el lago más grande de la provincia. Durante la mayor parte de la ruta, los participantes tenían la mejor vista de los Alpes, fieles y majestuosos testigos de ese evento que reunía al pueblo cada año. En algunos lugares, el camino serpenteaba un poco y se adentraba al bosque, donde las corrientes del viento y los aromas que traían consigo saturaban sus pulmones y la hacían sentirse plena, etérea. Esa era su parte favorita: se imaginaba

completa,
perfecta,
libre.

Hasta ese momento, sus experiencias en aquella competencia no habían terminado como ella deseaba. Al principio, después de materializarse en aquel lugar, apenas sorteaba las primeras curvas, tropezaba y caía al lago. La sensación del agua helada en su cuerpo la sumergía durante varios días en un letargo asediado por la desilusión. Cuando un atisbo de esperanza resurgía y volvía a intentarlo, el pánico la paralizaba en la línea de salida o a veces se quedaba sin aliento subiendo la última pendiente y se desmayaba. Los resultados similares de empeños posteriores la hacían naufragar entre sentimientos de imperiosa resignación y endeble ilusiones. Es por ello que, en esta ocasión, repasaba minuciosamente los errores

cometidos y, con apremio y determinación, definía una nueva estrategia. Estaba convencida de que ahora el desenlace sería diferente.

Segundos más tarde, el eco de un súbito estruendo se extendía por el valle. Una despistada parvada de níveos cisnes emprendía de inmediato el vuelo y ella comenzaba a correr con todas sus fuerzas. No había llegado tan lejos desde hacía mucho tiempo. Reparaba en que aquellas montañas nevadas siempre le habían parecido intimidantes, sin embargo, ahora se sentía cobijada por ellas. De pronto, mientras disfrutaba su paso por aquellas veredas serpenteantes en el bosque —su parte favorita—, advertía por primera vez el trino de múltiples aves que, si bien no las alcanzaba a ver, tan sólo el dulce sonido que emitían reconfortaba su ánimo, y abrazaba ese hallazgo como un buen augurio de lo que estaba por suceder.

Durante largos minutos se empeñó en lograr la cadencia perfecta entre cada inhalación y exhalación. En ese momento nada le importaba más que alcanzar y mantener esa armonía rítmica en su interior, que junto con las notas de la hojarasca crepitante bajo sus pies, componían una fresca melodía que comenzaba a traerle recuerdos de las tardes de verano de su infancia, cuando corría con su hermano menor tras las blancas palomas en la plaza de la ciudad.

Instantes después, se daba cuenta que los demás participantes comenzaban a difuminarse y a mezclarse lentamente con el resto del paisaje, como una pintura cualquiera sobre la cual hubieran vertido un balde con agua. Se batía entonces contra una inesperada vorágine de colores, luces y sombras que la cegaba y que parecía tener todas las intenciones de engullirla. De repente, todo a su alrededor era devorado por el camino de asfalto. Al final, en medio de una oscuridad aterradora, sostenida sólo por una débil línea grisácea que apenas alcanzaba a dibujar el resto del trayecto, persistió durante lo que parecieron horas, hasta que al fin cruzó la meta.

Jadeante y con aire triunfal, levantó el puño y volteó hacia arriba. La ausencia de un cielo radiante que fuera testigo de aquella proeza desdibujó su sonrisa cansada.

El viejo reloj de pared marca la misma hora de siempre. El único pulmón en la lóbrega y fría habitación libra una batalla descomunal después de semejante hazaña onírica. Valeria tose demasiado fuerte, al mismo tiempo que se ahoga en una angustia y ansiedad insoportables. Ahora se siente

incompleta,
imperfecta,
confinada.

Antes de que pueda balbucear una palabra, su madre se acerca presurosa. La tranquiliza el tierno abrazo de todas las noches: bálsamo inigualable que restaura el compás de sus respiros.

—Lo logré —dice, mientras su madre le acomoda la mascarilla de oxígeno.

Conejo de Polvo